

## CAPÍTULO XIII

1542-1545

El Adelantado confía á su sobrino la misión de pacificar el oriente de la Península.—Campana que se emprende con este objeto.—Sujeción de los Cocomes.—Aventura de Alonso Rosado.—Dificultades que los españoles experimentan en el territorio de los Cupules.—Fundación de Valladolid en Chauaháa.—Trasládase después á Zací.—Se encomienda á Gaspar Pacheco y su hijo la conquista de Bakhahal.—Fundación de Salamanca.

La difícil empresa que la familia Montejo había tomado á su cargo, no podía darse por terminada mientras no depusiesen las armas los Cocomes, los Cupules y aquellas tribus belicosas de Bakhahal que habían resistido á los esfuerzos de Alonso de Ávila. Así lo comprendió el viejo Adelantado, y luego que tuvo noticia de los sucesos referidos en el capítulo anterior, ordenó que se llevase adelante la conquista hasta la provincia de Conil. Confió el mando de esta empresa á su sobrino y le nombró teniente de gobernador y capitán general de la villa que debía fundarse en aquella región. El documento oficial en que constan estas disposiciones fué otorgado á 13 de marzo de 1542 en Ciudad Real, capital de Chiapas, de cuya provincia aun era gobernador el signatario. No contiene otra particularidad notable que la de ordenar al capitán que antes de hacer la guerra á los indios, los exhorte á reconocer el dominio

español, y que sólo en caso de encontrar resistencia, pueda sujetarlos con las armas.

Recibidas en Mérida estas órdenes, el agraciado creyó necesario solicitar la ayuda de su primo, quien no vaciló en otorgársela. Quedáronse en la ciudad las autoridades y una pequeña porción de vecinos, y el resto del ejército se dividió en dos fracciones: una que marchó sobre Sotuta, á las órdenes del hijo del Adelantado, y otra que se dirigió al territorio de los Cupules por los caminos inmediatos á la costa, la cual era conducida por el más joven de los Montejos.

El primero de estos dos capitanes experimentó grandes contrariedades en su viaje. Nachi Cocom, que esperaba ya la invasión de sus dominios, había organizado una hábil defensa que se hallaba en consonancia con su patriotismo salvaje. Como en el tránsito de Campeche á T-Hó, los españoles encontraron los caminos obstruidos con toda clase de obstáculos, y á cada instante eran víctimas de emboscadas y sorpresas de todo género. Unas veces oían silbar las flechas sobre sus cabezas sin saber de dónde partían; otras eran acometidos por turbas armadas que aparecían y desaparecían entre la espesura del bosque. Montejo sólo se detenía el tiempo necesario para despejar el camino, pues su único afán era llegar á Sotuta con la esperanza de que destruido allí el núcleo de las hostilidades, quedaría pacificada toda la comarca.

Venciendo, por fin, toda clase de dificultades, llegó á las inmediaciones de aquella población, donde Cocom había reunido todas las fuerzas de que pudo disponer, para atajar el paso á su enemigo. Montejo, observando las disposiciones de su padre y las que la corte había expedido para casos de esta naturaleza, exhortó á los indios á deponer las armas y á reconocer el dominio del rey de Castilla. Una lluvia de piedras y de flechas fué la única contestación dada á esta arenga, y por la milésima vez acaso en esta desas-

trosa guerra de conquista, una reñida batalla se armó entre extranjeros y naturales. Sólo que esta vez el éxito en favor de los primeros no se hizo esperar mucho tiempo. Nachi Cocom, reducido ahora á los recursos de su cacicazgo, no tardó en apelar á la fuga, seguido de todos los suyos.

En esta ocasión tuvo lugar un incidente que merece referirse. Luego que los defensores de Sotuta volvieron la espalda á sus enemigos, éstos, excitados con el calor del combate, se propusieron seguirlos al través de la selva. Alonso Rosado fué de los primeros que se destacaron del campo de batalla con este objeto, y sin volver los ojos hacia atrás para contar el número de los que le seguían, se internó entre la espesura buscando indios para batirlos. El caballo, que parecía animado de los mismos sentimientos de su jinete, galopaba rápidamente bajo los árboles, hasta que Rosado, sorprendido del silencio que reinaba en torno suyo, se detuvo para examinar el lugar en que se hallaba. Entonces fué cuando advirtió que estaba completamente solo. Ningún español, ningún indio, se veía en toda la extensión del radio que pudo sondear con los ojos. El sol estaba próximo á ocultarse en el horizonte, y temeroso de que le sorprendiese la noche en aquel despoblado, intentó volverse al campamento. Pero buscó inútilmente el camino. En su afán de perseguir á los vencidos, había dejado al caballo correr á su capricho, y desconociendo completamente la topografía del terreno y no encontrando sendero que le guiase, vagó infructuosamente algunas horas por el bosque. Empleó en esta tarea el resto del día, y no le quedó otro recurso que el de pasar la noche al abrigo de un árbol y sin más compañía que su caballo y su lanza. No era éste ciertamente el único punto de contacto que el bravo capitán tenía con los caballeros andantes á quienes, todavía no había puesto en ridículo el ingenioso manco de Lepanto.

En el campamento español causó una sensación dolorosa la falta de Alonso Rosado, la cual fué notada luego que

estuvieron de vuelta los que habían salido al alcance de los indios. Francisco de Montejo organizó dos partidas, compuestas de soldados de á pie y de á caballo, las cuales recorrieron en todas direcciones las cercanías del Real, sin encontrarle. Sus compañeros de aventura le creyeron entonces muerto ó prisionero, y no faltaría algún rudo castellano que, después de haber empapado aquel día sus manos en sangre maya, rezase un *Pater Noster* por el descanso del alma de su compatriota. Al cabo de dos días, sin embargo, y cuando ya Montejo se disponía á levantar el campo, un caballero que dejaba ver en su talante la huella de las privaciones á que había estado sujeto, penetró con paso lento en su tienda. Era Alonso Rosado, que no había comido ni bebido desde el día de la batalla, y quien, después de las angustias que pasó para huir de los indios que recorrían el bosque, había al fin encontrado el camino del campamento.

El sobrino del Adelantado no experimentó menos dificultades que su primo en su expedición por los pueblos de la costa. Aquella región era quizá la más poblada de la Península en la época de la conquista, y el joven capitán tenía diariamente encuentros con los indios, á los cuales era forzoso batir después de las acostumbradas, pero inútiles, gestiones de que depusiesen las armas y se sujetasen al rey de Castilla. Las probanzas de los conquistadores de Valladolid debieron estar atestadas con los hechos de armas acaecidos en esta jornada; pero Cogolludo se negó á transmitirlos á la posteridad, limitándose á decir que habría sido larga y prolija su narración (1). Cualquiera que hubiese sido su importancia, D. Francisco salió triunfante de todos, y al cabo de algún tiempo se reunió á su primo, sin duda con el objeto de penetrar con una fuerza respetable en el indómito territorio de los Cupules.

(1) *Historia de Yucatán*, libro III, capítulo IX.

No se sabe con exactitud la fecha y el sitio en que se verificó esta reunión. Es lícito conjeturar, sin embargo, que se verificaría ya entrado el verano de 1542, y hacia Chichén Itzá ó sus inmediaciones, para donde acaso se dieron cita los dos capitanes, como lugar muy conocido de ambos. Tampoco particulariza la Historia las acciones de guerra que se libraron, luego que ambas fuerzas estuvieron reunidas. Pero hay documentos fehacientes (2) para comprobar que los invasores estuvieron sujetos entonces á grandes peligros y privaciones. Ni podía ser de otra manera, porque los indios orientales eran los más aguerridos de toda la Península y estaban orgullosos con el éxito de la campaña de 1529, en que habían expulsado á los españoles de su territorio. Algo habían disminuído su orgullo las recientes derrotas de Xpeual y de T-Hó; pero todavía se hacían la ilusión de creerse invencibles en sus bosques.

Así, fuera de las emboscadas y escaramuzas con que fatigaban al invasor en su marcha hacia Conil, prepararon otro género de guerra, que por poco da al traste con la constancia española. Cegaron los pozos, escondieron los viveres é incendiaron sus habitaciones en todo el trayecto que debían recorrer sus enemigos. Cuando éstos, abrumados por el ardor del clima y acosados por el hambre y por la sed, llegaban á una población con la esperanza de encontrar en ella el remedio de todas sus necesidades, no encontraban en torno suyo mas que ruina y desolación. Las casas humeaban todavía entre los últimos resplandores del incendio; no se veía un indio á quien dirigir la palabra, y eran vanos cuantos esfuerzos se hacían para encontrar una gota de agua ó un puñado de maíz en aquel desierto. En tan críticas circunstancias solía oírse el grito de algún

---

(2) Véase la carta que en 14 de junio del año siguiente dirigieron á Carlos V los conquistadores de Yucatán, y de que más adelante nos ocuparemos.

desesperado que pedía de beber en cambio de su vida, y aun alguna amenaza de abandonar esta tierra ingrata, cuya conquista no ofrecía mas que sinsabores. Pero no era lo más común entregarse á estas vanas declamaciones. Lo frecuente era que se esparciesen por los campos, sin cuidarse de averiguar los peligros que correrían en estas incursiones, para buscar los sitios en que los naturales habían escondido á sus mujeres é hijos, al abandonar sus pueblos. Cuando tenían la dicha de topar con algunos de estos escondrijos, se arrojaban sobre las vasijas de agua y las tortillas de maíz que allí descubrían, y las devoraban en presencia de la desolada familia que las había preparado para su consumo. Y ay del que osase defender sus viveres, porque los hambrientos españoles pasaban sobre su cadáver para conquistarlos.

A pesar de todas estas contrariedades y privaciones, el ejército invasor continuaba victorioso su marcha hacia el Oriente. Pocos meses después de la reunión de los dos Montejos, el hijo del Adelantado tuvo necesidad de volver á Mérida con el objeto de allanar algunas dificultades que la Colonia experimentaba en los primeros días de su existencia, y de que más adelante nos ocuparemos. La empresa quedó desde entonces encomendada exclusivamente á su primo, y el joven capitán no tardó en dar gloriosas señales de que era digno de la elección que había hecho en él el jefe de la familia. Tan activas fueron las operaciones que emprendió, que hacia la primavera de 1543 sus soldados se paseaban ya impunemente por el extenso territorio de los Cupules. Creyó entonces llegado el momento de fundar la población española, que tenía prescrita en sus instrucciones, y con este objeto reunió á toda su gente en un pueblo llamado por los indios *Chauaháa*.

Este fué el sitio elegido por entonces para hacer la fundación, la cual tuvo lugar á 28 de mayo de 1543. Dióse á la villa el nombre de *Valladolid*, y Francisco de Montejo fué

reconocido como teniente de gobernador, capitán general y justicia mayor, en vista de los despachos de su tío el Adelantado, en que se le conferían estos nombramientos. El escribano Juan López de Mena levantó el acta de fundación, la cual terminaba, como la de Mérida, invocando la protección divina sobre un establecimiento que debía contribuir á la difusión del Cristianismo en aquella tierra de infieles. El jefe de la Colonia procedió en seguida al nombramiento de funcionarios públicos. Recayó el de alcaldes en Bernardino de Villagómez y Francisco de Zieza, y el de regidores en Luis Díaz, Alonso de Arévalo, Francisco Lugones, Pedro Díaz de Monjíbar, Juan de la Torre, Blas González, Alonso de Villanueva y Gonzalo Guerrero (3). La Historia tampoco ha echado en olvido los nombres de los primeros pobladores de Valladolid, y los encontrarán en el Apéndice (4) aquellos de nuestros lectores que quieran conocerlos.

Chauháa distaba en línea recta seis leguas del *Cuyo*, puerto situado en la costa septentrional de la Península. Los españoles habían elegido aquel asiento para su colonia, con el principal objeto de hallarse en el mayor contacto posible con las naves españolas que comenzaban á surcar el golfo de México. Pero pocos meses después de la fundación se había observado que el lugar era harto enfermizo y malsano, á causa tal vez de su proximidad á la ciénega. Algunos castellanos y varios de sus criados indios habían descendido en corto tiempo al sepulcro, y el resto de sus habitantes contrajo tal número de enfermedades, que se llegó á temer que su debilidad y extenuación incitase á los

(3) El lector encontrará en esta lista los nombres de algunos vecinos y aun de algunas autoridades de Mérida. Consiste esto en que todos los conquistadores estaban siempre dispuestos á salir á campaña, á pesar de los oficios que desempeñaban, y realmente hasta el año 1545, en que terminó del todo la conquista, fué cuando quedaron avecindados de la manera que constan en las relaciones que se publican en el Apéndice.

(4) Véase el número 8.

indios á sublevarse. En tan crítica ocasión ocurrieron con sus quejas al Adelantado, que desde Chiapas continuaba gobernando la Península—puesto que su hijo y su sobrino no eran más que sus tenientes—y el viejo soldado respondió que se mudase la villa á Conil, donde de antemano había dispuesto que se fundase.

Pero los colonos no se conformaron con esta decisión, porque decían que si en la vecindad de la costa se enfermaban, con mayor razón enfermarían en la costa misma. Su mayor deseo era trasladarse á Zací, pueblo indio aclamado por sano en todo el país, y que hasta ahora conserva su reputación. Pero como el teniente de gobernador se hacía sordo á este clamor popular, el procurador de la villa, Pedro de Molina, le presentó en 14 de marzo de 1544 un memorial escrito en que, después de pintar las decepciones que se habían experimentado en Chauháa, pedía que la Colonia fuese trasladada á Zací, donde, además de la bondad del clima, abundaban la leña, las aguas y los pastos. Concluía el documento con la enérgica protesta de que, si Montejo no accedía á esta justa petición, el Cabildo le haría responsable de los males que pudiesen sobrevenir á la villa y le amenazaba con elevar su queja hasta el trono mismo de Carlos V. El teniente de gobernador, por causas que ignoramos, respondió á esta solicitud que *la oía*, frase un tanto esquiva del lenguaje oficial, y lo mismo respondió en 17 y 19 del mismo mes, en que fué reiterada por su autor. Entonces los regidores, que, aunque debían su nombramiento á Montejo, se consideraban con los mismos derechos que él sobre la tierra conquistada, mandaron sacar una copia autorizada del memorial del síndico, con el objeto de enviarla á la corte. En esta actitud del Cabildo, el capitán comenzó á cejar y mandó levantar una información jurídica sobre los capítulos contenidos en la solicitud. Por supuesto, que la información salió al gusto de los quejosos, y se celebró con tal prontitud, que pocos días des-

pués, es decir, el 24 de marzo de 1544, los colonos llegaron á Zací, donde desde entonces quedó definitivamente erigida la villa de Valladolid.

Quedaba sólo por conquistar la provincia de Bakhalal, y la esperanza, no perdida aún, de encontrar minas en su territorio, había hecho á más de un codicioso aventurero dirigir hacia aquel rumbo su mirada. Adelantóse á todos el capitán Gaspar Pacheco, quien á 3 de enero de 1543 exhibió ante el Ayuntamiento de Mérida unos despachos del Adelantado Montejo, en que se le confiaba la misión de conquistar aquella remota provincia, con el título de teniente de gobernador y capitán general, y pedía que en virtud de ellos se le permitiese pasar á la Nueva España, en unión de su hijo Melchor y de Alonso López de Zarco, á reunir los elementos que necesitaba para acometer su empresa. El Ayuntamiento, que por aquella época había ya tomado la resolución de no consentir á ningún español salirse de la Península sino por motivos muy graves, respondió al peticionario que ocurriese al teniente de gobernador. No sabemos si éste concedió la licencia ni si se verificó el viaje de Pacheco; pero hay motivo para creer que ambos sucesos tuvieron lugar, porque la campaña de Bakhalal no se emprendió sino hasta el año 1544. Muchos vecinos de Valladolid y de Mérida tomaron parte en la empresa, no sólo por las *doradas* ilusiones que en sí misma encerraba, sino porque ningún conquistador podía estar tranquilo mientras no estuviese sometida toda la tierra.

Ni Gaspar Pacheco ni su hijo eran novicios en aventuras del género de la que iban á acometer. Ambos habían tomado parte, algunos años atrás, en la conquista del país de los zapotecas, y cuando el hijo de Montejo hizo en 1539 un viaje á la Nueva España, los encontró de jefes de una población española, llamada San Ildefonso, que habían fundado en aquel territorio. Invitólos á tomar parte en su empresa de Yucatán, y habiendo aceptado uno y otro sus pro-

posiciones, se presentaron en Campeche, hacia el año 1540, con veinte soldados de á caballo, que cooperaron eficazmente á la conquista de la Península. Tal vez en premio de estos servicios el Adelantado confió á D. Gaspar la sujeción de Bakhalal, y el éxito no tardó en demostrar que su elección no había sido desacertada. Es verdad que éste enfermó durante la campaña y tuvo necesidad de volver á Mérida; pero su hijo la continuó con todo el valor y la perseverancia que su juventud le permitían.

Bakhalal no era ya aquel pueblo indomable que había resistido á los esfuerzos de Alonso de Ávila. El teatro era el mismo; pero los actores habían cambiado. Los caciques de esta provincia habían sido siempre aliados de los Cupules, y las derrotas de Xpeual y de T-Hó, y las invasiones sucesivas de los españoles, habían consumido un gran número de sus guerreros. Además, estaban ya solos en la contienda, porque los indios orientales, que no quisieron soportar el yugo extranjero, habían emigrado en masa al Petén y hacia los confines de Guatemala. A pesar de todos estos accidentes que debilitaban su poder, los hijos de Bakhalal se propusieron luchar hasta donde alcanzasen sus fuerzas, y el último baluarte de la independencia maya no cayó sin estrépito en poder del invasor.

Melchor Pacheco encontró en su empresa el mismo género de dificultades con que los dos Montejos habían tropezado en Sotuta y en el Oriente. Los caciques se defendieron al principio en sus propios pueblos, y luego se esparcieron por el campo con sus vasallos, dispuestos á proseguir la guerra. Los españoles lucharon por más de un año contra estas hordas que vivían en perpetuo movimiento, y contra el hambre, la sed, las enfermedades y los mosquitos, que abundan en aquella región, cubierta de pantanos. Por fin, hacia el otoño de 1545, los últimos rebeldes depusieron las armas ó emigraron al Petén, y entonces Pacheco echó los cimientos de una población española, á

que dió el nombre de *Salamanca*, probablemente en el mismo asiento en que diecisiete años antes había sido fundada *Villarreal*. Sólo nombró un alcalde y unos cuantos regidores que ejerciesen el poder municipal, porque muy pocos conquistadores quisieron vecindarse en la nueva Colonia, á causa sin duda de las malas condiciones higiénicas de que la había dotado la Naturaleza.

La fundación de Salamanca fué considerada por los conquistadores de Yucatán como el último acto de la empresa iniciada en 1526, y los que sobrevivieron á ella, creyeron que podían envainar ya sus espadas para gozar del fruto de su victoria. Ya veremos cuántas decepciones vinieron luego á disipar esta creencia, y cuántos de los que la abrigaban entonces maldijeron después el día en que habían puesto los pies en la Península.

## CAPÍTULO XIV

Reflexiones sobre la conducta de Montejo y sus compañeros de aventura.—Derecho de conquista, fundado en la bula de Alejandro VI.—Fr. Bartolomé de las Casas.—Su vida.—Se interesa en favor de los americanos.—Libros que escribe para alcanzar su objeto.—Acusaciones que lanza contra los conquistadores de Yucatán.—Motivos que le impulsaron á exagerar las crueldades cometidas por los españoles en el Nuevo Mundo.

Hemos hecho asistir á nuestros lectores al drama sangriento de la conquista, sin detenernos, sino muy raras veces, á comentar los grandes sucesos que caían bajo el dominio de nuestra pluma. Pero hoy que los actores van ya á desaparecer de la escena, nos parece conveniente juzgarlos con toda esa imparcialidad que tienen el derecho de reclamar de la Historia. Si los hombres no son precisamente los que conducen los sucesos en que toman parte, son por lo menos los instrumentos de que la Providencia se vale para ejecutar sus designios, y la posteridad, lo mismo que sus contemporáneos, tiene el derecho de llamarlos á juicio para examinar cómo cumplieron la misión que desempeñaron en la tierra.

Pocas palabras diremos sobre el hecho mismo de la conquista. Por horrible que pueda parecer en nuestros días ese derecho de la fuerza bruta, ejercido con la punta de la espada, es preciso convenir en que por muchos siglos ha sido desgraciadamente la ley de la Humanidad, y que todos los Estados modernos, sin exceptuar uno solo, han debido su origen á la fuerza y á la violencia. Basta hojear la histo-